

## ISRAEL

### La reconfortante nostalgia del pasado

En 1973, ocupaba el puesto de Secretario de Estado de Salud Pública con rango de Ministro, bajo la tercera presidencia de Juan Domingo Perón y era su médico personal.

Soy el autor de la ley 20748 para el Sistema Nacional de Salud Pública de la Argentina (1974).

Puedo confesar ahora que el hecho de realizar cirugía cardiovascular en el Hospital Italiano por la mañana, atender la Secretaría de Estado por la tarde y cuidar la salud del Presidente, a últimas horas de la tarde o por la noche, constituía una carga muy pesada y realmente inimaginable.

Sin embargo, hoy debo admitir que fue un extraordinario proceso de aprendizaje, una casi completa teoría de vida (en el ámbito de la política espuria y sombría, verdaderamente extraña para un hombre de ciencia), trabajando, codo a codo, con un extraordinario estadista del característico talento del Presidente Perón.

En el círculo íntimo de cualquier maquinaria gubernamental, donde se necesita cumplir con los deberes de la política, se encuentra bastante a menudo gente nefasta que naturalmente se opone a toda idea noble. En mis tiempos de Ministro, existía un hombre muy influyente, estrechamente relacionado con el Presidente, el Sr. José López Rega, llamado *el brujo*, afecto a los signos astrológicos.

José López Rega no creía en la ciencia, y aún menos en el diagnóstico y en los procedimientos médicos; naturalmente se oponía al Sistema Nacional de Salud y en mayor medida al tratamiento médico que le prescribí al Presidente. Sólo estaba convencido y de acuerdo con los poderes astrológicos y demostraba una solemnidad panegírica.

No obstante, el simple hecho de que, debido a las peculiares virtudes del Presidente y a mi cercanía con él, nuestro trabajo avanzó con rapidez, sin mucha dificultad y, afortunadamente, todo posible intento de destrucción por parte de este hombre extraño pudo ser desalentado, uno tras otro.

Nos abocamos con tal avidez al estudio del Sistema Nacional de Salud que lo terminamos en tiempo record.

Ahora reconozco, y fue absolutamente cierto, que el reunir los puntos de vista de médicos especialistas provenientes de todos los partidos políticos de la Argentina fue la decisión más apropiada, sobre todo desde la perspectiva de la política, dado que para ese momento era una decisión magistral. Evitó ríspidas confrontaciones en el Congreso.

Yo mismo estuve a cargo de la selección de los especialistas –Dr. Aldo Neri, Dr. Canitrot y Dr. Prieto, que pertenecían al poderoso Partido Radical, y le mostré la lista al Presidente.

Éste hizo una pausa por un momento, desvió la vista de la ventana hacia mí, y asintiendo con la cabeza, dijo con una sonrisa: “*está aprendiendo muy rápido, Dr. Liotta*”.

Por supuesto, el Presidente Perón se estaba refiriendo, prudentemente, al tema político.

La recomendación de los siguientes pasos por su parte indicó y confirmó sus convicciones políticas.

Antes de enviar la Ley del Sistema Nacional de Salud Pública al Congreso, el Presidente me pidió que llevara a cabo dos pasos, los cuales, insisto, eran una clara expresión de su gran habilidad política y técnica.

*En primer término*, la evaluación política.

Perón me aconsejó que le llevara los documentos al Dr. Ricardo Balbín (presidente del Partido Radical, que era la cabeza visible de la poderosa oposición política que tenía).

Sin duda, estrictamente en el origen de todo el problema, el Presidente estaba tanteando, de manera ingeniosa, al Partido Radical para evitar – *para todos los aspectos de carácter práctico en un ámbito altamente conflictivo como es el de la salud pública*– una confrontación violenta en el Congreso.

Visité dos veces al Dr. Ricardo Balbín, un político de sumo prestigio, en su estudio de

abogado (aproximadamente en Marzo de 1974). En mi última visita, el Dr. Balbín me dijo con énfasis, “*por favor, infórmele al Presidente que el Partido Radical apoyará este proyecto en el Congreso*”.

Entonces, volví apresuradamente al despacho del Presidente. Me acerqué a la puerta entreabierta y con cautela miré hacia adentro, para ver si el Presidente estaba solo.

“*Señor, por suerte estamos listos, y me gustaría, deliberadamente, proponerle que envíe de inmediato el documento al Congreso*”, le dije.

Hizo una pausa por un momento, “*correcto, pero no todavía*”, me respondió Perón.

Sin duda, me sorprendió. Yo estaba en realidad impresionado; me senté en un sillón y me eché hacia atrás de manera informal.

*En segundo término*, la evaluación Internacional.

“*Ya hice todos los arreglos con el Ministerio de Relaciones Exteriores para que, en pocas semanas, pueda presentar el Sistema Argentino de Salud en una sesión plenaria de la Organización Mundial de la Salud (OMS) en Ginebra (Mayo 1974)*”, dijo el Presidente.

Y agregó, “*después de Ginebra, hice otros planes también. Seguirá su viaje hasta Israel; programé dos conferencias allí, en la Universidad de Tel Aviv y en la Universidad de Jerusalén*”.



De izquierda a derecha, Dr. Domingo Liotta; Dr. Francisco Loyudice, Director del Hospital Italiano de Buenos Aires; Juan D. Perón; Dr. Salvador Liotta; Dr. Héctor Cámpora, Presidente electo de la Argentina (1973) . -Madrid 1972-

En verdad, la visión política del Presidente estaba fuera de toda discusión.

En Ginebra, creo yo, realicé una honrosa presentación del proyecto del Sistema de Salud Argentino en la Sesión Plenaria de la OMS que se prolongó a través de numerosas consultas de sus miembros, en forma personal y por escrito a través del Consulado Argentino en Ginebra.

El Sistema, sin duda, era un fuerte llamado a la *solidaridad social* de las naciones en materia de salud.

Y en ese momento, en plena Guerra Fría (1974) entre los países de Occidente y el bloque central de la Unión Soviética, Europa del Este y China, el original Sistema de Salud de un país de

Occidente tuvo una fortísima connotación política al poner el acento en la Justicia Social.

Nuevamente, a modo de especulación, como resultado de la excelente de la Conferencia de Ginebra -la Delegación de Canadá estuvo muy atenta durante toda la sesión- pocos años después se aplicó en el mencionado país un Sistema de Salud de notable similitud con el argentino.

Como se recordará, la Sra. Hillary Clinton, esposa del Presidente de los Estados Unidos, intentó sin éxito introducir algunas modificaciones al extremo gravoso sistema de Salud Americano, basándose en el sistema canadiense.

Fue una carga muy pesada impuesta a una gentil dama que en apariencias dependía de asesores, no pocas veces comprometidos, de una u otra forma, con el sistema reinante.

En realidad, mi misión en Ginebra había terminado, pero antes de partir hacia Israel (Mayo 1974), le pedí al Cónsul Argentino Embajador Berazategui organizar una visita a Lyon. Con Olga queríamos rememorar tiempos pasados durante los felices años de mi Residencia Médica; pero la condición era que el viaje debía ser por tren.

Así fue. Recuerdo vivamente el momento cuando atravesábamos los valles y colinas boscosas de las montañas del Jura hasta llegar a la *gare de Perrache (estación Perrache)* en Lyon.

De las varias visitas que he realizado a Israel, ésta tuvo, sin duda, una profunda connotación política. Era el primer funcionario de alto rango, Ministro del Gobierno Argentino, que visitaba Israel después de la Proclamación de su Independencia (1948).

Olga me acompañó y llegamos al Aeropuerto Ben Gurion en Tel Aviv, el viernes 10 de Mayo de 1974.

El Ministro de Salud Pública de Israel, Víctor Shemtov, un hombre de largos bigotes curvados que casi le tocaban los ojos y permanente sonrisa a flor de labio, nos esperaba al pie de la escalerilla del avión. El Ministro estaba acompañado por el Embajador Argentino Sr. Jorge E. Casal, el Dr. Marcos Vodovotz y algunas damas y personalidades israelíes.

El Dr. Vodovotz, médico argentino, había emigrado a Israel hacía unos años y fue nuestro guía durante las visitas oficiales en Tel Aviv y en

ocasión de la más emocionante experiencia durante nuestra visita al Mar de Galilea<sup>1</sup>.

El Kupat-Holim es la Organización Nacional del Sistema de Salud en Israel.

Ciertamente fue en Tel Aviv donde tuve el primer gran contacto con sus autoridades. La Oficina Central de Kupat-Holim estaba, en ese tiempo, a cargo del Dr. H. Doron.

El Dr. Doron, principal artífice de la *Integración de los Médicos* en el Sistema de Salud en Israel (*H. Doron, 'General Federation of Labour in Eretz-Israel, Anuario 1972 volumen 2: 9- 28 and Anuario 1971, 1: 9-24 de Kupat-Holim*), se encontraba muy interesado en los fundamentos del Proyecto Argentino.

Llegué una mañana llena de sol al edificio central del Kupat-Holim en Tel Aviv, con la antelación suficiente para mi conferencia. El Dr. Doron me esperaba en su despacho junto con miembros de la Histadrut, la poderosa Federación de Industriales y del Trabajo en Israel, formada por asentamientos agrícolas colectivos y cooperativos y trabajadores industriales. La Histadrut se dedica a las actividades culturales y educativas y es también responsable del servicio de salud.

En un buen Inglés inicié mis saludos y adelanté mi reconocimiento por la perfecta organización oficial de mi visita. Continué hablando y en un relato sucinto le informé al Dr. Doron de mi conferencia del día anterior en la prestigiosa Universidad de Tel Aviv, donde su Rector, el Profesor Simonshon, promovió una reunión del más alto nivel científico.

Hice una prolongada pausa, pero el Dr. Doron, a medio sonreír, mantenía su inescrutable silencio y hasta pude advertir una cierta sonrisa socarrona.

De pronto me sentí incómodo, dado que me estaba mirando exhaustivamente. El Dr. Doron continuó sin pronunciar palabra alguna, sólo se

---

<sup>1</sup> He basado, hasta cierto punto, el relato de esta visita a Israel en el documento reservado (31 de Mayo de 1974) elevado al Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina por el Embajador Jorge E. Casal (Central de Documentación, 1/350-71; 19 de Junio de 1974).

sonreía tenuemente y mantenía su mirada enigmática.

Ante su embarazoso silencio, no tuve más opción que continuar; relaté entonces mi agradable sorpresa cuando encontré en la Universidad de Tel Aviv a mi antiguo Profesor de Urología en la Universidad Nacional de Córdoba, el Dr. Mauricio Firstater, quien había sido un discípulo avanzado de mi Profesor Pablo Mirizzi, un maestro en Cirugía General.

El Dr Firstater había emigrado desde la Argentina a Israel aproximadamente en 1954 y llegó a ocupar en la Universidad de Tel Aviv cargos rectorales, además de ser el Jefe del Departamento de Urología en el Hospital Ichilo de Tel Aviv.

A esta altura de la entrevista, confieso sinceramente que mi locuacidad a lo largo de la extensa presentación introductoria se había terminado.

Entonces, el Dr. Doron, que estaba de pie, avanzó rápido y con una amplia sonrisa, y estrechó mi mano derecha con ambas manos. Al mismo tiempo que a viva voz y enfáticamente me decía en un perfecto español y con un definido tono típico de los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires (porteños): “*vamos... Dr. Liotta, estamos muy felices por su visita*”. Quedé atónito, o mejor dicho petrificado, sin poder pronunciar palabra.

El Dr. Doron era un médico argentino que había emigrado a Israel en los primeros años después de la proclamación de la Independencia.

A la mañana siguiente bien temprano llegué al Hospital Beilinson en Petah- Tikva, una población muy cercana a Tel Aviv.

El Dr. Morris Levy, mi viejo y querido amigo, era Cirujano en Jefe del Departamento de Cirugía Torácica y Cardiovascular.

En el Beilinson expuse nuestra experiencia en la cirugía de las válvulas cardíacas y en particular en la cirugía de la aorta torácica, extensamente acumulada al frente de mi Servicio de Cirugía Cardiovascular del Hospital Italiano de Buenos Aires.

Por la noche, el Dr. Levy organizó una recepción en mi honor en su distinguida residencia en Tel Aviv y en la ocasión conocí,

entre otras personalidades, al prestigioso político Shimon Peres, entonces Ministro de Información y, al poco tiempo, Ministro de Defensa, y luego, Jefe del Gobierno Israelí.

Al día siguiente, visitamos los Lugares Santos. En Nazaret, entramos en la Iglesia de la Anunciación; en el atrio central hay un mural que cubre una gran pared, pintado por el argentino Raúl Soldi. A lo largo de nuestro camino rumbo a Galilea, a través de pequeñas aldeas árabes, cruzábamos, de tanto en tanto, algún labriego con turbante blanco montado en un asno.

En la orilla oeste del Mar de Galilea, entramos en Tiberias, emplazada en una cuenca de origen volcánico a 207 metros bajo el nivel del mar. Tiberias fue fundada por Herodes Antipas en el 21 d.C, en homenaje a Tiberio, emperador de Roma.

Tenía en mi memoria el cuadro que pintó de Tiberias David Roberts en Abril de 1839, el Mar de Galilea con un hermoso y tenue color azul y a lo lejos las colinas conteniendo el cielo sobre Cafernaún.

En el primer plano del cuadro de Roberts, campesinos árabes descansan sobre una mole rocosa y miran Tiberias a la distancia, con sus blancas casernas amuralladas.

Distante está la Tiberias de hoy, sumida en el ruido de los motores del intenso tráfico. El monumento a Maimónides está emplazado en la avenida principal<sup>2</sup>.

Almorzamos peces del Mar de Galilea en una pequeña hostería de la costa y continuamos nuestro camino hacia el norte.

Atravesamos los sitios más queridos del ministerio de Cristo, *Magdala, Tell Oreime, Tabgha, Cafernaún*. El camino recorría colinas rocosas con parcelas verdes de sembradíos que se alternaban. Antes de llegar a Wady Jamus el camino se dividía; seguimos el de la costa, un sendero arenoso y, a poco andar, divisamos los altos eucaliptos de Tabgha.

La tradición cristiana en los relatos evangélicos señala que en este lugar se produjeron tres importantes acontecimientos: *La*

<sup>2</sup> Maimónides (1135-1204) filósofo, médico y profesor de literatura rabínica, judío, nació en Córdoba (España) y murió en Egipto o, quizás, en Tiberias.

*aparición de Cristo resucitado a los apóstoles y la entrega del primado de la Iglesia naciente a San Pedro, la primera multiplicación de los panes y el Sermón de la Montaña.*

Allí está la roca del Primado, la *mensa* (la mesa) donde se sentó Cristo. Marca este punto la Iglesia de las Bienaventuranzas, emplazada en el monte del mismo nombre, sobre las primeras colinas que rodean como un anfiteatro este muy pequeño lugar de la costa del Mar de Galilea.

Continuamos el sendero arenoso en la costa noreste, y a poco andar, llegamos a Cafarnaún (sus ruinas se conocen como Tell Hümm).

Cafarnaún, existente desde el siglo 2 a.C hasta el siglo 7 d.C, era un importante centro de población en la época de Cristo. Hoy está deshabitada, sólo existen ruinas, una sinagoga y la casa del Apóstol Pedro. El área es cuidada por los franciscanos, Custodios de la Tierra Santa.

Los padres Virgil Corbo y Stanislau Lofreda han realizado notables investigaciones arqueológicas.

Las excavaciones han revelado varios estratos que corresponden al pavimento de las iglesias pertenecientes a diferentes períodos históricos.

Las recientes llevadas a cabo por el Padre Corbo han dejado ver grafitos que datan del siglo II (anzuelos de pescar, inscripciones con el nombre de Pedro y de Cristo y dibujos de barcas) y una casa del siglo IV con una iglesia construida sobre ella.

En el siglo V, una gran basílica octogonal bizantina fue erigida allí, conjuntamente con un Bautisterio. La casa de San Pedro fue venerada por los primeros judeo-cristianos.

Las basílicas octogonales en Israel (Belén, Cafarnaún) son del tiempo del Emperador Constantino.

Extrañamente, la cruz de Malta, insignia de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén (1050), que luego se llamaron Caballeros de Rodas (1309-1522) y, por último, Caballeros de Malta (1530), tiene también 8 puntas. Al parecer esta forma geométrica está relacionada con el número de las Bienaventuranzas de Cristo.

Esta apasionante hipótesis, con alto contenido espiritual, es parte de la investigación que algún día me gustaría emprender.

La casa de Pedro en Cafarnaún aparece tempranamente en los relatos evangélicos; allí

Cristo curó a la suegra de Pedro, al sirviente del centurión y a numerosos enfermos e impartió sus primeras lecciones a sus apóstoles.

Cerca de la casa de Pedro se hallan las ruinas de una sinagoga; mientras estaba enseñando allí, Jesucristo enfrentó al demonio (San Marcos 1:21-27). Fue en esta sinagoga donde Jesús ofreció el sermón del *pan de vida* (San Juan 6:35-59).

El tiempo del que data esta sinagoga es motivo de discusión, pero es claramente posterior al siglo I. Las excavaciones revelaron la existencia de una sinagoga anterior, de la época de Jesucristo, con paredes de piedra trabajada y de 1,2 m (4 pies) de espesor. Estas primeras paredes fueron conservadas hasta 90 cm (3 pies) de altura y toda la pared que da al oeste aún existe y fue utilizada como cimiento de la sinagoga que se construyó luego.

En nuestro encuentro en Cafarnaún, no dejábamos de reandar los sitios sagrados y revivir su antigua historia. En la época romana Cafarnaún fue un puesto obligado de aduanas en el camino a Damasco.

Sin ninguna intención, se prolongó la emotiva visita y comenzó a anochecer. En nuestro camino a Haifa debimos pernoctar en un pequeño hotel del pueblo de Safad, al noroeste de Tiberias.

Haifa, el principal Puerto de Israel, se encuentra al pie del Monte Carmel. La avenida de las Naciones Unidas, un camino maravilloso a través del más importante barrio residencial, donde se desarrolla la actividad administrativa y comercial y el *Hadar Hacarmel* (La Gracia del Carmel) está en la ladera inferior del Carmel. En las partes más altas, se encuentran los nuevos barrios residenciales, un santuario con cúpula y edificios de estilo griego clásico.

Desde la cima del Monte Carmel, disfrutamos las bellas vistas del pueblo y de la Bahía de Acre. Por la noche, ya tarde, volvimos a Tel Aviv, 85 kilómetros (55 millas) al sur de Haifa.

No podíamos detenernos en Tel Aviv, debíamos avanzar, y el lunes 13 de Mayo a mediodía viajamos a Jerusalén. El Gobierno Israelí nos alojó en el Hotel King David, asiento de los oficiales ingleses durante los años de la ocupación de Palestina.

Desde los amplios ventanales podíamos divisar la puerta de Haifa, en el oeste de la Ciudad Santa, y las antiguas murallas que cubrían en el extremo sur el monte Sion. En el hall central del hotel con choco con Henry Kissinger, también en misión en Israel.

En el colmado Auditorio Central de la Hadassah University de Jerusalén dicté una conferencia sobre el Sistema de Salud Argentino. Al terminar, visitamos con Olga la capilla situada ante la entrada principal de la Universidad donde pudimos admirar los famosos vitraux diseñados por Marc Chagall, con representaciones del Antiguo Testamento.

Proseguí con una visita protocolar al Knesset, sede del Parlamento Israelí donde recibí un homenaje y un presente recordatorio, de su Presidente, el Señor Israel Yeshaiahua, y, a continuación, visitamos el Museo del Holocausto donde rendí homenaje en nombre del Gobierno Argentino.

El mirar a Jerusalén desde el Monte de los Olivos, el caminar por sus estrechas callejuelas, siguiendo los pasos de la Pasión de Jesucristo, es una experiencia para toda la vida. En posteriores viajes he repetido con Olga el mismo camino, pero, hoy, los mismos sitios sagrados se encuentran atestados de jóvenes judíos, posiblemente estudiantes, que patrullan las calles con un fusil al hombro.

Al día siguiente, el Dr. Abba Eban, Ministro de Relaciones Exteriores, me acompañó a la Casa de Gobierno para una entrevista con el Presidente del Estado de Israel, Profesor Ephraim Katzir, un distinguido médico e investigador.

Fue una inusual prolongada entrevista; al Dr. Katzir le fascinaban los avances en la cirugía cardíaca. Nos extendimos en efectivas estrategias y hasta en simples aspectos técnicos, tales como la experiencia médica del reemplazo total del corazón con la implantación clínica del primer corazón mecánico con el Dr Denton Cooley, en Houston en 1969.



Profesor Dr. Ephraim Katzir, Presidente del Estado de Israel: Sra. Olga Liotta ; Dr Liotta. -Jerusalem, 1974-

El Profesor Katzir me regaló las Sagradas Escrituras, que acepté con gran emoción, la Biblia Judía de acuerdo con el texto masotérico escrito en Hebreo y en Inglés.

El libro del Génesis comienza: *al principio Dios creó el cielo y la tierra.*

La Biblia Judía, que conservo en mi biblioteca, tiene las tapas de un pesado metal con incrustaciones de cuatro grandes esmeraldas y de infinidad de pequeñas piedras preciosas. Y, debido al elevado peso del Libro Sagrado recuerdo ahora la famosa anécdota del Dr. Abba Eban, que he relatado en otros escritos<sup>3</sup>.

El Ministro Eban nos esperaba a Olga y a mí a la salida del despacho del Presidente Katzir, para trasladarnos a su oficina del Ministerio. Coloqué la Biblia en la parte superior del asiento trasero del automóvil donde viajábamos el Ministro, Olga y yo. En una brusca frenada la pesada Biblia se deslizó y golpeó en la cabeza al Dr. Eban.

Yo no tenía palabras para excusarme, pero el Dr. Eban sonriente pronunció una sentencia que no he olvidado: *“no se preocupe Dr Liotta, de los muchos golpes que he recibido en mi vida, éste es el mejor, es un golpe de cultura”.*

Al anochecer del día siguiente, recibí la inesperada y presurosa visita del Embajador Casal, en mi habitación del Hotel King David; portaba un documento que me extendió de inmediato. Se trataba de una comunicación cifrada directamente de la Sra. Isabel Martínez de Perón, esposa del Presidente, en la que me informó del agravamiento de la salud del General Perón y me rogó que volviera a la Argentina cuanto antes.

Antes de partir para Ginebra e Israel, dejé asentadas órdenes médicas terminantes: el Presidente debía hacer reposo. Contra todas mis prevenciones, el Presidente fue trasladado a Asunción del Paraguay para asistir a un desfile militar en homenaje al país que le había dado asilo inmediatamente después de su derrocamiento en Septiembre de 1955.

Ciertamente se trataba de una estrategia política que beneficiaba al Presidente del Paraguay, General Stroessner, y a algunos ignorantes personajes argentinos cercanos al

Presidente que, me atrevería a afirmar, tenían negocios espurios con personajes cercanos al Gobierno del Paraguay.

Con lejana preocupación por la frágil salud del Presidente Argentino, organizaron el acto de desagravio a la República del Paraguay, al devolverles Perón las banderas arrebatadas por tropas argentinas durante la contienda de la Triple Alianza a mediados del siglo XIX.

En una fría mañana, con ligeros chaparrones, durante horas, Perón asistió en la cubierta de una cañonera paraguaya al desfile militar. La grave afección broncopulmonar que siguió de inmediato le produjo al Presidente una rápida descompensación cardiocirculatoria con insuficiencia renal consecutiva.

Al llegar de Israel me alojé en la Residencia Presidencial de Olivos para estar más cerca del paciente y le pedí al cardiólogo, Dr. Pedro Cossio, que hiciera lo mismo. Perón falleció el 1° de Julio de 1974 a la 1:25 de la tarde.

Al conocer el documento de la Sra. de Perón, ordené el inmediato regreso a la Argentina en el primer vuelo internacional desde Israel. Sólo podía partir al anochecer del día siguiente. El Embajador Casal le comunicó a la Sra. de Perón mi decisión.

En un corto descanso en medio de nuestra actividad en Jerusalén habíamos visitado la Iglesia de la Natividad en Belén (*casa del Pan*), 8 kilómetros (5 millas) al sur de Jerusalén. El nacimiento de Cristo tuvo lugar allí, en una gruta (*la Gruta de la Natividad*).

Descendimos a la profunda gruta para rezar en el lugar de nacimiento de Cristo<sup>4</sup>.

En realidad, sin embargo, Olga no quería dejar Tierra Santa sin llegar hasta el Mar Muerto y Jericó. El Embajador Casal arregló el viaje de forma tal que estuviésemos en Tel Aviv a tiempo para nuestra partida.

Salimos de Jerusalén directamente hacia el Este a las 4 de la madrugada, y al cabo de poco tiempo, el sol resplandecía en línea directa ante mis ojos. El color de la tierra del desierto de Judea era de un rojo oscuro, sin un árbol en todo cuanto podía abarcar nuestra mirada.

Como en las reliquias geológicas del fondo de mares desaparecidos, el paisaje del desierto de

<sup>3</sup> Abba Eban es uno de los escritores judíos contemporáneos más conocidos. En su modesto despacho en el Ministerio, Eban, educado en Cambridge, me relató los hechos de la gran guerra judía y me obsequió su celebrado libro, *Mi Pueblo. La Historia de los Judíos*.

<sup>4</sup> El emperador Constantino el Grande comenzó (326) a erigir una iglesia sobre la Gruta. Una excavación de la Administración Británica (1934) dejó ver la iglesia de Constantino en forma de basílica con un santuario octogonal a su alrededor.

Judea traía a mi recuerdo la superficie lunar como nos la había mostrado la tecnología moderna.

Desde nuestro camino podíamos divisar, de tanto en tanto, tiendas de beduinos cubiertas de cuero del mismo color que la tierra desértica; sólo algún movimiento humano o de camellos en sus cercanías denunciaba su existencia.

Desde la altura divisamos en una amplia cuenca el Mar Muerto, de un hermoso color verde esmeralda; llegamos a sus márgenes y sumergimos en el agua nuestras manos. El calor era sofocante y estábamos a 400 metros bajo el nivel del mar. A la izquierda hacia al norte, en una señal se leía *Kirbet Qumran*, donde fueron encontrados los rollos de papiro del Mar Muerto; habíamos visto en el Museo en Jerusalén una réplica de los mismos.

Frente a nosotros se elevaba la roca granítica de Masadá; sobre su meseta por más de dos años (70-72 d.C) el drama final de la sublevación Judía (67-72) llegó a su fin. Después de haber luchado primero contra las legiones de Vespasiano y después contra Tito, 960 defensores al mando de Eleazar ben Shimon prefirieron el suicidio antes que rendirse a las legiones romanas.

En el verano del 70, Jerusalén había caído ante las legiones de Tito y el Templo ardió por segunda vez.

En Roma, en mi incesante andar dentro del Foro Romano, a través de los años, me he detenido repetidas veces bajo el arco de Tito, frente al Coliseo, para ver las esculturas en mármol representando la entrada triunfal de Tito en Roma (72 d.C) con judíos encadenados y en la bóveda, el sello de Israel, el candelabro de los siete brazos.

La Jericó de los relatos bíblicos del Viejo Testamento ha desaparecido completamente, bajo la erosión de los tiempos.

No ha podido hallarse ningún rastro positivo e informes de la expedición arqueológica (1952-58) bajo la dirección de Kathleen M. Kenyon, directora de la Escuela Británica de Arqueología en Jerusalén, han demostrado ser erróneos

Además, la Jericó fundada por Herodes Antipas, aproximadamente en el año 20 d.C, ha sido identificada a 1 milla al sur de la Jericó mencionada en el Antiguo Testamento (excavación de 1950-51). El Palacio de Herodes, con su estilo italiano, ilustra la devoción que le tenía a Roma.

La fundación del tiempo de las cruzadas es el tercer sitio de Jericó, a una milla al este de la Jericó del Viejo Testamento, y se convirtió en el pueblo moderno.

La Jericó de nuestra era está situada a 275 metros bajo el nivel del mar, sobre el lado oeste del valle del Jordán y a cuatro kilómetros al norte del Mar Muerto.

Desde la distancia pudimos divisar en lo alto su vegetación de un verde oscuro.

En medio de la calcinada tierra roja del desierto de Judea tuvimos una visión extraña, inolvidable, como de otro mundo. Alzamos, en reacción involuntaria, los ojos al cielo y exclamamos la sentencia de las Escrituras, *los cielos manifiestan la gloria de Dios aeli enarrant gloriant Dei*, - Salmo 19, 2.

Así lo sentimos, más que nunca, a la distancia, en ese pequeño oasis de Jericó.

*Paz sea sobre Israel*, estas palabras escritas sobre los mosaicos del pavimento de la sinagoga de Jericó, aún más antigua ya que data del siglo VI-VII d.C, resistieron el paso de cristianos y musulmanes por casi catorce siglos.

El artista de la época rodeó el imperativo profundo *Paz sea sobre Israel* con un círculo de mosaicos, cada uno con la impronta de la figura de un corazón.

Cada tránsito humano dejó sus huellas en el pavimento de la vieja sinagoga, pero los pequeños corazones han perdurado a pesar del furor desatado de los hombres.

Al regresar a Jerusalén, saliendo de Jericó, el pueblo quedó a la izquierda del camino, y como en un sueño maravilloso, transitando los siglos, pudimos ver *las flores rojas de Jericó* colgando de una vieja tapia<sup>5</sup>.

*Israel. La Reconfortante Melancolía del Pasado ha sido extraído del próximo libro "Amazing Adventures of a Heart Surgeon. Liotta's International Thesaurus" Capítulo 24 -Critic and Estimate- The Archives of the Memory-*

\*\*\*

<sup>5</sup> *Las flores rojas de Jericho, Reminiscencias*. Esta expresión ha sido extraída del libro de Emilio Villarino, "*Liotta, the life of a cardiac surgeon*" - Editorial Prometeo, Buenos Aires, 1982.